

Magenta, verde country, rojo salmón. Verde country, rojo salmón, magenta. Rojo salmón, magenta, verde country. Irene Peukes combina los colores como un trilero de Las Ramblas de Barcelona deja pasmados a los ingleses de Cardiff. Irene diseña sus propios vestidos, unas piezas originales inspiradas en los valles guatemaltecos, cuyos naranjas, celestes y violetas dan vida a los enanitos de los jardines de hiedra del frondoso parque nacional Hoge Veluwe. Irene, por primera vez, ha mostrado sus trabajos en Krefeld (Alemania), la ciudad de la seda en la que nació y que, cada tercera semana de septiembre, desde hace 18 años, celebra el desfile de moda al aire libre más grande del mundo, el *Strassenmoden Schau*.

Amarillo *post-it*, verde perejil, blanco *ausonia*. Irene es una muchacha con un bronceado híbrido: no es el negro de Joaquín Cortés pero es lo suficientemente moreno como para no pasar desapercibida en una ciudad en la que los paraguas forman parte del mobiliario de la casa, como los cuadros de Ana de Cléveris. Sus ojos, de un grisáceo imantado, y unos apagados coloretos de pimentón en sus mejillas le confieren un aire de desenfadado nihilismo por el que podría ser retratada con disimulo en *Los amantes a la luz de la luna*, de Marc Chagall.

La madre de Irene es española de Salamanca, así que posee un castellano tan correcto como las glosas emilianenses de San Millán de la Cogolla. La hija se ha criado con un simpático trineo copiado del Skihalle Neuss, una pista cubierta de esquí, en Renania-Westfalia, y se ha criado indistintamente con los azules turquesa del Bajo Rin y con los marrones de arcilla del leonés convento de las Agustinas, y con los amarillos de tulipán y con los ocres del trigo y los cálidos pasteles informales de la reserva natural de Nierderrhein.

Gris aguacero, rosa *hello kitty*, negro Pissarro. Siendo la única mujer imprevisible de su familia, atormentada por las flechas y las tuercas desdentadas del *Cuadro con mancha roja* de Kandinsky y atormentada por sus pirados aprendices de vanguardia, se fue con lo puesto a Barcelona, la cuna del modernismo postOnce de Septiembre.

“Otros harán cosas normales, pero yo he querido ser muy sencilla, y por eso soy una diseñadora diferente”, afirma Irene con la prosodia de una esdrújula. Antes quiso ser escenógrafa, pero la excentricidad de un profesor de Hamburgo le hizo replantearse el futuro.

En 1994, y gracias a una beca, trabajó en la empresa Artextil de Sabadell, con los productos que descendían de la primeriza industria lanera y con los pantones del Coreldraw subidos de tono y de bits. La crisis económica y la apisonadora china provocaron que los precios se desplomaran. Cinco años duró la escapada en la que aprendió más de los sienas jacobinos de las columnas arborescentes de Gaudí que de las clases con tapices ecuestres de la Escola Massana, en cuyas artes se aplicó voluntariosa.

Ahora vive en Mallorca, por la que mira a través de sus ojos góticos, y en la que ha establecido su taller, la dirección del cual se puede rastrear en su página web:

www.irenepeukes.com

“Me gustan los trenzados, las fibras naturales, la madera. Me inspiro en estos materiales. Debo de ser una artista global”, se vende como una congresista estadounidense. “Paños tejidos a mano, trapitos, túnicas, sedas teñidas...”

Prefiere el impacto visual de Mark Rothko que la seguridad de Adolfo Domínguez, y la imaginación exuberante de un zapatero que la superficialidad de las galas de *voayers*.

“He querido aprovechar el saber de las mujeres indígenas de los quetzaltecos, y he realizado con ellas, con su asesoramiento, una colección artesanal”, se enorgullece Irene, que ha convivido con esta comunidad espiritual. “Ellas me incitaban para que hiciera cosas muy simples, pero a la vez muy elaboradas.”

En la feria de Krefeld, una población tan limpia como el Kursaal donostiarra, las casetas con las muestras de las modistas locales rivalizan con los comercios de las grandes firmas de los popes de una profesión que ha relegado las tijeras y los patrones de confección por esta otra palabra mágica, que es una y trina: *fashion-design-glamour*. Gucci, Bershka, Zara, Guess, DKNY, Burberry se codean en la Schwanen Markt con los artistas nacionales que persiguen sus sueños sin necesidad de sacar las uñas. Para ponérselo un poquito más fácil, quizá, se ha extendido una alfombra roja por el conglomerado tortuoso de calles, delimitado por el rectángulo comprendido entre Nordwall, Ostwall, Sudwall y Westwall.

El Strassenmoden Schau (www.strassenmodenschau.de) lo visitan celebridades de la región, como la presentadora de la televisión RTL Franche Ludorieg.

La vecina de Irene en el festival de la moda de Krefeld es una mujer de rasgos bábaros, con un porvenir plagado de encrucijadas, de tan altas vistas como la Alte Kirche de reloj y campanario que le da sombra. Angelika van Neerven no compite con Irene; vive dedicada a los vestidos largos, suntuosos, “finos y elegantes” como los jardines barrocos de Kleve, con su propia marca: *Gika*. Lleva 12 años en el oficio, del que aún ha de explotar sus intimidades y sus accesorios. “Cada año vengo a esta feria porque apuesta por la gente joven”, presume, sin hacer ostentación alguna, y alaba y lisonjea los estampados “frescos” de Irene.

Añil cobrizo, marfil, blanco neón. Irene Peukes está algo nerviosa. A las seis menos cinco de la tarde del domingo 20 de septiembre expone sus vestidos en la pasarela que se ha instalado en Neumarkt, en la comercial calle Hoch. Su muestrario se llama “Guate va Vest, Mallorca-Guatemala”.

De entre las modelos adolescentes, posiblemente sea Renata la candidata de llevar uno de sus trajes. Renata es una chica alemana más guapa que aplicada y tan alta que si está sentada no has de agachar la mirada para charlar con ella. Cuando se enrolla en sus monólogos sin fin, se enrosca el cabello con los dedos de la mano izquierda, mientras con la otra mano sostiene un móvil de esos *galácticos*. “Yo quiero ser profesora de primaria, pero los fines de semana suelo hacer este trabajo, que está muy muy muy bien pagado”, explica, inquisitiva, desenvuelta y segura de sí misma. “Sigo mucho las tendencias, y me gustaría ir a París.” El color violeta es su preferido, y, según ella, le gusta ir ligera, “con cuatro trapos”. Renata es lista: “Me he de formar, porque cuando sea vieja no podré vivir de mi belleza”.

Renata aguarda 15 minutos de reloj a una sesión de maquillaje que podría inscribirse en el álbum Guinness de los Récords por su eterna laboriosidad. Detrás del escenario, un *segurata* a quien se le van los ojos tras las sirenas que sólo llevan puesto el sujetador pasea con su camiseta este eslogan muy poco intimidador: “*Your fashion community*”. Antes de que dé comienzo el desfile, que durará unos 20 minutos, amenizado con música de *Coldplay*, el director de la organización del certamen, Gregor Kathstede, acompañado de su superior en el cargo, Friedhelm Kutz, da la bienvenida al público, en su mayoría alemán y holandés. En su breve intervención, se oye el eco lejano de los telares vaporosos de la era industrial.

Renata sube descalza las escaleras que conducen a la pasarela. Escondida tras el cortinaje, propio del Palazzo del Cinema de Venecia, se coloca justo detrás de quien le precede en la fila, una monada rubia como el maíz. Cansadas, las chicas hacen el gesto

de limarse las uñas, y alguna se sujeta en los tabloncillos de formica frágiles y descoloridos.

Esmeralda amazónica, plata crucifijo, cárdeno toro. La presentadora da paso a Renata, que sale como un rayo a comerse el mundo. Son 20 segundos en los que no se piensa en nada, sólo en hacerlo bien (“bueno, mi pensamiento siempre es positivo allá arriba”, dirá luego). La voz descubre sus ropajes, con los que danza como un cisne de cuento: “Vestido único con cuello estrecho y forma de blusa, abierto por detrás. Los hilos de urdimbre se utilizan para juntar la tela del cuello. Una prenda cómoda, amplia, de algodón, que da a la mujer mucho atractivo”. Vale 120 euros.

A la alemana Claire Neidhardt, con estudios de marketing y publicidad, no le gustan los tacones de aguja que hacen que roces las lámparas, por lo que le han llamado la atención las formas caseras, serigrafiadas y sensuales de Irene Peukes, quien no pertenece a ninguna agencia ni a ninguna sucursal. Ha seguido con atención el desfile, y ha tomado nota de la nueva promesa de Krefeld. Su pícara sonrisa de muflón, que se habrían disputado para sus óleos Mondrian y Signac, con dientes de cristal de azúcar, se alza por encima de los señores con corbata de seda y camisa de seda y fular de seda y con el *Westdeutsche Allgemeine* bajo el brazo.

Quien sabe, lo mismo ha de desmelenarse un poco y cambiar de aires, algo menos tétrico que los Van Goghs del museo Kröller-Müller.

Le da buen rollo Irene Peukes. Y ella apuesta por el “buen rollo”.

Texto Jesús Martínez

Evento: www.strassenmodenschau.de